—Victoria!....

—¿Qué cadenas nos ligan...? Tus promesas nada más....las vecinas creen que me une á tí una asquerosa mancebía, y lo que ellas piensan supondrán los demás....¿Yo tu manceba?...¡Nunca!...¿Tu esposa?... ¡Imposible....no tendrías valor para exhibirme en los círculos que frecuentas; tu familia se consideraría deshonrada al contar entre sus individuos á la obrera que pespuntea camisas, y limpia los cacharros de su casa, como una ordinaria fregona....

—Por Dios!....

—El mejor día, tus padres se propondrán casarte con una señorita que aporte á la sociedad conyugal un millón de billetes, y entonces.... ¿qué haré yo?.... Llorar, llorar....

—Cómo me martirizas.

—Me has dicho que amas la verdad.

—Sí....

—Entonces por qué te espantas cuando te la enseño?

—Calla....calla!

—No podemos hacer nada mejor, que renunciar el uno al otro.

—Separarnos....¡nunca!

—Es preciso.

—Yo no puedo.

—Me has dicho que tienes voluntad.

—Sí.

—Por qué tiemblas cuando hay que ponerla á prueba....?

—¡Oh....tú no me quieres!

—Mucho....demasiado quizá!

Y Victoria, tapando sus bellos ojos con las ducales manos, lloró como una niña.

Dormía la ciudad.

El cielo estaba sombrío y entoldado hacia el Norte con denso capuz de nubes tempestuosas.

Un farolillo de trementina colocado cerca de la casa de Victoria parpadeaba agonizante y trémulo.

El gendarme, acurrucado en la puerta de una taberna, roncaba á pierna tendida, y dos enamorados que reñían, se insultaban en alta voz.

Arrastrábase por el suelo, levantando torbellinos de polvo, ese aire caliente y pesado, que anuncia las tormentas del verano, y á lo lejos oíase la destemplada algarabía de incógnitos y trovadores gatos, que seguramente se disputaban las gracias de alguna felina beldad.

En el interior de una carnicería, uncan aullaba desesperadamente, y afuera, belicosa cuadriga de con-

géneres suyos asediaba, prodigándole indecorosas caricias, á una perra famélica y enfermiza, que se volvía furiosa, lanzando mordiscos á diestra y siniestra, cuando los amartelados la distraían en su tarea, la cual consistía en extraer de pestilente montón de basuras un hueso descarnado y roñoso, que entre ellas estaba oculto.

Un gallo despabilado pregonaba el día nuevo con su agudo canto, y algún transeunte trasnochador regresaba al hogar, silbando cualquier aire de zarzuela en moda.

Juan Bringas, en el primer período de la ebriedad, caminaba torpemente hacia la casa de Victoria.

Todas las noches visitaba á la huérfana, facilitándole la entrada una grosera llave que para el objeto se había procurado clandestinamente.

¡Cosa rara!

Aquella vez no estaba la joven en el lugar acostumbrado.

Acercóse á la vivienda de su novia, y acometido por esa osadía re-

pugnante y maligna de los borrachos, abrió la entornada puerta, y al entrar, quitándose el sombrero apabullado, dijo entre golpes de hipo:

—Buenas noches.

Como no le contestaran, saludó á una silla que sostenía un montón de ropas:

—A los pies de Ud., señora.

La lámpara estaba encendida, y solitario el aposento.

El beodo, tambaleándose, llegó á la vidriera que franqueaba la recámara, y aplicando el oído á la cerradura, escuchó un instante.

¡Nada!.... reinaba el silencio.

Alejábase ya, cuando sonó un rumor débil, prolongado, quejumbroso, como lamento; no cabía duda, alguien lloraba; tocó entonces tímidamente la puerta de vidrios, y el aire que se colaba por la que primero abrió, movióla, produciendo los goznes un rechinido que hizo volver la cabeza algo sobresaltado al intruso.

Avanzó un paso más, asustado y tembloroso como un malhechor; ob-

servó con ansiedad hacia dentro, y retrocedió aterrorizado por lo que creía una visión ocasionada por los vapores alcohólicos que le trastornaban.

La madre de Victoria estaba en le lecho, inmóvil y rígida.

La muerte había dado á su rostro enjuto la apariencia de una estatua, ¡creeríase tallado en duro mármol! los labios entreabiertos, tan lívidos coma la piel, sonreían enseñando una dentadura estropeada; sus ojos estaban vidriados y fijos como los de esas vírgenes que se ven en los nichos de las iglesias, y por las marchitas mejillas corrían como gotas de agua algunas lágrimas que ya muerta vertía.

El aspecto del cadáver era terrible:

Animábanlo la risa espantosa de los muertos, y las acuosas pupilas lloraban, según los versos del poeta:

> Como deben llorar en la última hora
> Los inmóviles párpados de un muerto,

Entre las desordenadas sábanas y

al borde de la cama, caía un brazo amarillo, desnudo, exangüe, que sustentaba una mano crispada en las postreras convulsiones de la agonía.

Arrodillada en el suelo, semidesnuda, con las ligeras ropas en impúdico descuido, desmelenada la opulenta masa de cabellos, pálida como la difunta, estaba Victoria.....

La sangre de Bringas, que corría caldeada por la lumbre del *cognac*, enardecióse, afluyendo á la cabeza; una violenta conmoción sacudió sus miembros, procuró erguir el cuerpo que las debilitadas piernas sostenían trabajosamente, intentó andar, ensayando movimientos vacilantes, y al perder el equilibrio, fué á dar de bruces sobre el cadáver.....

Victoria levantó la cabeza, y creyéndole abrumado por el dolor que ella padecía, echó á su cuello los marmóreos brazos:

—Tú me quieres, lo necesito hoy más que nunca!

Bringas correspondió inconscientemente á las caricias.

Aquella criatura casta, inviolada

con todos los perfumes de la virginidad, que el Acaso por diabólica maquinación ponía ante él excitando sus sentidos, prodújole un deseo en el que se confundían en indescriptible amalgama, todas las depravaciones que había soñado en mil eróticos delirios.

El cuerpo yacente, esa vida extinta ya, de la que sólo quedaba el despojo común, subyugóle de extraño modo, y despertó aletargadas lujurias, invitando su virilidad al tálamo siniestro de la muerte.

En su entenebrido pensamiento, chispeó con luz fatídica una idea que en ese momento era sacrilegio.

Poseer á Victoria en la alcoba mortuoria de la madre, parecióle una voluptuosidad suprema, un goce nuevo robado al enigma del extramundo, causóle el placer morboso y punzante de las profanaciones, enborrachó su espíritu, haciéndole sentir una alegría fantástica, muy semejante á la de Lord Byron al escanciar en cráneos, el vino de la orgía.

Estrechó rudamente á la indefensa muchacha, posó sus labios en los inpecables de ella....¡Crujió el jergón veterano!....

El quinqué que agonizaba con crepitaciones epilépticas, apagóse de improviso, y después, en la sombra, repercutió estridente y angustiado, un grito de mujer herida, que fué ahogado entre besos mordentes y los últimos estremecimientos de un espasmo!

.....

Los gallos, heraldos fieles de la luz, cantaron; los gatos maullaban galopando en los tejados, y el gendarme que había despertado, sonó el silbato haciendo eco á la infernal algarabía de los animales.

Apareció tras las montañas orientales el rosado fulgor del día naciente, opacáronse las estrellas, invadió una polvareda de oro la bóveda silente del espacio, y el sol, un sol tropical, acribilló con sus agujas de luz, la alcoba triste de la muerta.

Victoria, de hinojos ante un Cristo de talla, lloraba dos muertas, su madre y su pureza.

En un ángulo del cuarto, bañado por la cauda rubia que se cribaba por el alambrado de una ventana, estaba Juan Bringas densamente pálido, aniquilado por el remordimiento, arrepentido de su crimen, contemplando con ojos extraviados el cuerpo rígido, la afligida rezadora, el Cristo chocarrero!.....

Embargábale una angustia inmensa.

Quería rezar, y no tenía fe ni sabía plegaria alguna; llorar, y su embotada sensibilidad no lograba exprimir el corazón para llevar á sus ojos una lágrima; consolar á su víctima, y no la ungió con el bálsamo santo de la compasión, porque como el Ángel Maldito, no podía amar á nadie ya....!

La sirvienta, extrañando que sus amas no se levantaban, entró á la habitación asombrándose ante el espectáculo que en ella se representaba.

—Niña, por María Santísima, ¿qué pasa?....

Victoria gritaba furiosamente:

—No, mamá, no te vayas!

Y abrazaba el cuerpo como si pudiese con sus halagos darle vida.

—Llame Ud. á una vecina, un cura, un amigo, ¡pronto!.... que la lleven á otra parte, dijo Bringas señalando á la cuitada.

La fámula salió azorada.

Abrióse después la puerta, y un tumulto de mujeres desgreñadas y andrajosas precipitóse al lecho como jauría de furias.

Entonces Bringas, aprovechando la confusión y aunque ya no estaba ebrio, salió tambaleándose de la casa.

A medida que la brisa matinal disipaba los entorpecimientos de la embriaguez pasada, apoderábase de él una extraña rebelión, y sentía esa hambre de venganzas que mordisquea las entrañas de los que han sido lastimados en la parte más sensible de su ser.

¿Quién le había dañado?

Nadie.

Comprendíalo así sin gran esfuerzo, y su voluntad flaca y mezquina, no obstante la sana reflexión, fué impotente para constreñir en las fronteras del deber á esa fuerza inexorable que lo impulsaba hacia las cimas del Mal....

Caminaba despacio, arrastrando el cuerpo fatigosamente encorvado y claudicante, con toda la apariencia de un pobre diablo!

Miraba á los hombres temeroso, procuraba esquivar su presencia á los agentes de policía, y volvía el rostro despavorido al escuchar los más insignificantes rumores, imaginando en su locura que extrañas voces le nombraban, y todos los ruidos eran gritos delatores que arrojaba la muerta desde su tálamo injuriado.

¡Gritos!

¡Cómo martillaba sus oídos el de la virgen inmolada!

¡Aquel grito!

Era un alarido que se introducía en su cerebro como víbora de fuego, y al retorcerse allí, trastornaba las circunvoluciones de su pensamien-

to, apagaba todas las claridades, para poblar su mente con esas pesadillas del pecado, que torvas y espectrales, cabrioleaban frente á su retina visionaria!....

¡Victoria!....¡La madre amortajada!....¡El cuarto obscuro!

¡Tenaz obsesión!

Necesitaba llevar á su conciencia la paz que había perdido, y para conseguirlo, tejía complicada urdimbre de mentiras con los argumentos que menos podrían convencerle.

Cierto, pesaban sobre él muy grandes culpas, pero los sufrimientos padecidos saldaban con creces su delito.

Más bellas muertas reposaban en el osario de sus recuerdos.

Debía olvidar, poner cascabeles á la desesperación, eliminar á puntapies el alma, reir, burlarse de todo, cambiar las decoraciones del drama por las polichinerías de la comedia, poner la cabeza de Edipo sobre los hombros del Pierrot pierniloco....

¡Bello ensueño!....lo adormecería

en absintio, en ópalo....¡Ese endiablado ajenjo le salvaba siempre en sus apuros!....

.....

La casualidad ó el instinto lo llevaron á un burdel.

Subió las empinadas escaleras hundiendo las manos en sus bolsillos para despertar á la somnolienta Afrodita con el tintineo de las monedas..

.....

Al declinar la tarde, salió vacilante del pudridero.

Estaba avergonzado y triste.

Sentía el abatimiento y la depresión moral que aniquilan al vicioso después de los excesos.

Recordaba con rubor haber accedido á los empeños locos de la cortesana, una vieja histérica, enfermiza, moribunda casi, encenegada en todas las corrupciones, corroída por todas las enfermedades, familiarizada á los más nefandos embrutecimientos, agobiada por todos los cansancios, por todos los hastíos.....!

Veía sus manos con horror, raspaba las ropas contra las paredes, anhe-

loso de quitarles el olor de aquella alcoba, y, á cada instante, al pensar en las vilezas que había cometido, limpiaba su boca con el pañuelo que también exhalaba acre é incitante tufillo....

.....

Llegó frente á un vetusto portalón, y ya aventurado en él, detúvose junto á una puertecilla entreabierta y mugrosa.

Después de vacilar un buen rato, entró.

Ascendió tembloroso la empinada escalerilla, y de rondón colóse en el salón principal da aquella casa.

Apiñábase allí compacta muchedumbre.

El banquero, el calaverilla, el desesperado, el padre de familia, el lacayo de la gran casa, el jovencito escapado del colegio que empieza á trampear para satisfacer los caprichos de la primer concubina, el sablista de oficio, el comerciante, el ebrio consuetudinario, todos los que forman las más opuestas posiciones sociales, congregábanse en aquel lugar atraídos y hechizados por el trémulo campanilleo del metal acuñado.

Rodeaba las mesas cubiertas con la clásica carpeta verde un círculo de manos inquietas: habíalas de tísico, transparentes, huesosas y amarillas; de aristócrata, flacas, enguantadas ó con las uñas muy limpias y los dedos adornados de sortijas; de viejo jugador, apergaminadas, groseras, con arborescencias de azulosos nervios que se hinchaban al contacto del dinero; femeniles, con palideces cándidas; de soldado, musculosas, velludas, marcadas con las cicatrices de la guerra; ó de obrero, grandes, fuertes como garras, ahumadas en la fragua, encallecidas en el yunque....!

Del techo, pintado de blanco, pendían varias lámparas alimentadas con petróleo y coronadas por grandes reverberos que refractaban la luz para esparcirla en chorros de una claridad sangrienta.

Sobre las cabelleras enmarañadas de aquellos hombres sudorosos y aco-

bardados que se revolvían en la promiscuidad odiosa de un vicio que baraja todas las clases, flotaba indolente niebla de humo, y la atmósfera, caliente, viciada por el tabaco y las respiraciones aguardentosas, era intolerable, provocaba ruidosos estornudos en catarrientas narices, ó toses cavernosas á los pulmones ulcerados de algún tuberculoso!....

Escuchábase un rumorcillo de palabras emitidas en voz queda, algo así como zumbido de colmena, que aumentaba ó disminuía en relación á las peripecias del drama que se desarrollaba en las manazas de los talladores.

Cayó una baraja sobre la columnata de monedas, produciendo su aparición un silencio de camposanto.

Bringas, tentado por el diablo de la ambición, colocó sobre ella todo el numerario que llevaba.

—As, sota, dijo un viejecito con voz ronquilla.

Volvió á oirse el rumor de cigarras coreado por el repique de los pesos al caer sobre el tapete.

—Corre, exclamó acariciando el paquete de naipes un cualquiera con bigotes de tambor mayor y orejas de perro dogo.

La lumbre de los cigarros se avivó siniestramente.

Había semblantes descoloridos, enfermos, trastornados por el espanto; rubicundos, apopléticos, sudando copiosamente; angulosos, cobrizos, de ojos hundidos que clavaban miradas de codicia en las pilas de dinero; de cesante, barbados, tristes, curtidos por la miseria, contraídos por sonrisas de ajusticiado que rumiaban maldiciones provocando la bonachona hilaridad de los indiferentes!....

Bringas, después de perder su apuesta, escapó de allí acometido por un paroxismo de cólera.

Afuera llovía copiosamente.

El agua flagelaba los faroles del gas con sus líquidas disciplinas, atormentando las flamas, mariposas de fuego que aleteaban, rehilando su monólogo, al salpicarlas, la aspersión intermitente de las gotas.

Las gentes, sorprendidas por la lluvia, guarecíanse en los umbrales de las puertas contemplando silenciosas y entumidas aquel aluvión de agua que barría el asfalto barnizándolo y agujereaba las charcas, hinchando efímeras burbujas, ó imitando vítreas grecas de afiligranada espuma.

A intervalos atravesaba las enfangadas calles algún bohemio can que con las orejas gachas y la cola entre las piernas, corría á galope tendido buscando el codiciado techo; obesa matrona que levantaba su falda hasta los muslos segura de que á nadie le importaría su audacia, ó bien, algún correcto caballero que avanzaba á picado trotecillo procurando cubrir su cuerpo con el paraguas que al moverse pegado á las paredes se antojaba el ala membranosa de un murciélago.

Los nervios de Bringas, irritados por las emociones anteriores, hacían vibrar su organismo con esa sensibilidad que sobreviene á las grandes crisis morales y que tan cara se

hace pagar al efectuarse la consecuente reacción física.

Huía como un loco escapado del manicomio.

El aire, que soplaba con furor, le arrebató el sombrero, y él, sin reparar en ello, seguía corriendo con la cabeza descubierta.

Mascullaba frases inconexas, mil ideas negras é incoherentes picoteaban su mente como cuervos voraces, y el crimen se aparecía á su paso hablándole de un antro, de un país muy negro donde encuentran descanso los perversos, los galeotes de la existencia, los condenados en el proceso ingrato del destino!

—¡Morir!.... ¡morir!....

Fastidiado de la vida, sin fe ni amor á ensueño alguno, con el corazón destrozado por las tarántulas del odio, sintiendo el abrumamiento del fardo, y ansioso de librarse de su peso, pensaba en el suicidio, suponiendo en su nunca visto desvarío que lanzándose al Supremo Enigma, lograría un consuelo á sus padecimientos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY

El cuerpo, el frívolo embeleco, agusanado y nauseabundo, sería un simple para la magna alquimia; la transmutación material lo disolvería en el Cosmos, y obedeciendo á la ley de la evolución universal, sería átomo, ó nada. ....¡algo mejor que un hombre vil!....

¡Corría!.... ¡corría!... ¡corría!...

Un borracho que pasaba canturreando, le abofeteó porque tropezó con él; al transitar una plazuela derribólo un carruaje, y caído ya, el cochero propinóle terrible latigazo, que instantáneamente inflamó en su frente un verdugón.

Una lágrima de infinita amargura resbaló por sus mejillas, para fundirse entre el lodo y la sangre que las cubrían.

Levantóse con lentitud, aturdido por el golpe, y sin limpiar sus ropas manchadas de cieno, volvió á correr!

.....

Llegó á su casa en un estado lamentable.

Sacudía sus miembros violento temblor y la fiebre ardía en su cráneo encandesciendo las ideas que le sugería el dolor, abrasándole con llamaradas de hoguera!....

Entró á su aposento buscando reposo.

Después de tropezar con todos los muebles, dejóse caer en un diván.

La veladora, con globo de cristal esmerilado, alumbraba, difundiendo una claridad opalina y tenue.....

Bringas, que había ocultado el rostro entre las manos, levantóse, y sobre un tapiz gobelino, entre caprichoso trofeo de alfanges, arreos guerreros y antiguas armas orientales, vió una cabeza de Budha ebrio, amarillenta, idólica, formidable, que reía en eterna y diogenesca carcajada, como burlándose con su ironía asiática de todos los sufrimientos que se ensañaban contra él.

Tuvo miedo; acometióle el terror pánico de los calenturientos, y para no ver los sarcásticos visajes del Budha, cerró los ojos varias veces....

Entonces su cobardía lo hizo visionario.

La máscara se había metido entre

sus párpados, veíala crecer adquiriendo monstruosas proporciones, multiplicarse hasta lo infinito y revolar en torno suyo, siempre reidora y endiablada, contemplándole con sus brillantes y oblicuas pupilas de esmalte.....!

.....

Transcuridas varias horas, al sentir alguna calma, irguióse, haciendo un esfuerzo sobrehumano, fué hacia el muro y descolgó el objeto que tan crueles suplicios le causaba.

Después, abrió la ventana, y con todas sus fuerzas estrelló la careta contra el empedrado, gritando rabiosamente.

—¡Maldito!.... ¡maldito!....

Allá, lejos, en la noche caótica, vibró con estertoroso acento el eco:

—¡Maldito!.... ¡maldito!....

Aquellas blasfemas palabras parecían proferidas como anatema por la provocada iracundia del dios japonés.

Vegetaba en un pueblecillo cercano á la capital, Doña Bruna, anciana pariente de Victoria en grado lejano.

Esa piadosa matrona, al saber la desdicha de la huérfana, llevóla á su hogar, creyendo con la mejor buena fe, que al ofrendarle su casa y su techo, realizaba una obra pía que le sería recompensada en el tribunal ultraterrestre con incontables indulgencias.

Era la protectora de la joven una señora de sesenta años, obesa, ajamonada y de mezquina estatura; usaba gafas con vidrios azules, y no obstante lo avanzado de su edad sus cabellos se conservaban negros aunque á cuestas llevaba desproporcionada jiba, corporal imperfección de que abusaron los guasones y calave-

ras de la botica para aplicarle motes y sangrientos epigramas.

Vestía comunmente de negro, y colgaba á su cuello innumerables cintas benditas, religiosos amuletos y medallas que, por su extravagante fundición, volverían loco á un numismático.

Fumaba cigarrillos, no desdeñaba un polvo de rapé cuando se lo ofrecían, y en sus manos de momia se agitaban siempre las gruesas y mugrosas cuentas de una enorme camándula.

Doña Bruna pertenecía á muchas corporaciones religiosas, y en todas ellas ocupaba un lugar prominente, pues su doncellez septuagenaria (de la que hacía rumboso alarde á cada momento) la revestía ante sus amigas y comadres de una respetabilidad extraordinaria.

La excelente santurrona sabía de memoria cien oraciones, vestía santos de palo, colectaba limosnas, comulgaba muy seguido, fastidiaba á los curas, tijereteaba en las sacristías y atormentaba con sus jerigon-

zas, pedanterías ridículas y ostentaciones de virtud alambicada, á todo el que tenía la desdicha de tratarla con frecuencia.

Cuando Victoria llegó á su casa, recibióla melosamente, no sin espetarle antes un elocuentísimo sermón en el que campearon apostólicas máximas; hablóle también, (y con terrible saña) de la maldad de los hombres, la bienaventuranza que alcanzarán las mujeres que los odien, y la eterna condenación de las incautas que sucumban á sus engañosas maquinaciones.

Ordenóle hacer triduos y promesas á todos los santos de su noticia, y exigió como indispensable condición para recibirla, una confesión de culpas ante el tribunal penitenciario que presidía en el templo parroquial el buenazo Don Eloy, un bendito vicario de la parroquia, cuya santidad era tan grande, hasta soportar sin enfado todas las impertinencias de la católica dama.

Victoria soportó las filípicas de Doña Bruna y sufrió sin chistar sus

mandatos porque creía encontrar en ella á una amiga desinteresada y buena que la amparase en su caída.

Muy pronto comprendió que se engañaba.

Los primeros días, Doña Bruna fué relativamente amable, respetó su dolor y aun se dignó consolarla algunas veces.

Después que transcurrieron varias semanas, como Victoria continuase gimiendo inconsolable, la rezadora encaróse de mal talante:

—¿Todavía estás fastidiando?

—¡Sufro tanto!

—La misma cantaleta!.... lo que quieres es no trabajar.

—¡Oh no, eso no!

—Mira, yo soy pobre y no puedo estarte manteniendo.

—Naturalmente.

—Es preciso que te ocupes en algo.

—Ya lo había pensado.

—Pues hay que ponerlo en práctica.

—Lo procuraré.

—Don Fermín me dijo esta mañana que necesita una mujer joven y limpia, para que se encargue del gobierno de su casa.

—Iré con él.

—Le hablé de tí, y sin escrúpulos se propone admitirte á su servicio, prometiendo que hará cuanto pueda en tu favor.

—Lo agradezco mucho.

—Te conviene ese acomodo, entre otras causas, porque entrando á su lado no podrán las gentes murmurar de tí.

—¿De mí?

—Se habla de cierto novio á quien recibías todas las noches en la alcoba.

—No es cierto.

—Lo sé.... ¿crees que si lo fuera te hubiera yo admitido aquí?.... ¡No señor!.... estás conmigo porque el padre Eloy me ha respondido de tu inocencia.

—Le diré á Ud....

—¡Mi casa es muy honrada!

—¿Quién lo duda?

—No ha entrado á ella ningún varón.

—Lo comprendo.

Doña Bruna repantigóse orgullosamente en una antigua poltrona y continuó:

—¡Líbreme el cielo de cualquier comercio con los hombres!.... ¡Son el demonio!

Y volviendo al tema esencial de su plática:

—Al principio sospeché, no lo niego, pero luego que te confesaste, interrogué mañosamente á Don Eloy, y me aseguró que no hubo nada.... ¡que si nó!.... ¡Virgen Santísima!.... ¡Cómo lo había de permitir!

—El padre Eloy es un santo.

—Queda dicho, irás con Don Fermín.

—Muy bien.

D. Fermín (que tal fué el nombre que en la pila recibió el prefecto político de aquella municipalidad) era un indio aborigen casi, de atlética musculatura, nariz roma y entendimiento aún más; granujienta y curtida piel, lampiño, de lacio pelambre, ingrato como un mulo, lúbrico, ricachón y coronel de infantería.

Fué su instrucción (si así llamarse puede á lo que de letras conocía) tan insignificante y mala, que sólo alcanzó á escribir acalambradas letras y períodos preñados de solecismos y faltas de ortografía.

Decíase liberal siendo enteramente obscurantista, y creía con toda la terquedad de su raza, que la libertad es el pillaje y la anarquía, porque en épocas revolucionarias se había enriquecido robando y asaltando en despoblado.

Era más avaro que Arpagón, bebedor como Noé y cual pocos mujeriego.

Recibió á Victoria amablemente, defendióla ante Doña Bruna con la elocuencia patética de un orador de púlpito, habló de casarla con un hombre honrado y llevó su magnanimidad hasta el extremo de ofrecer una dote á la desheredada, si era obediente y le servía á su gusto.

Cuando la joven quedó instalada en la casa de su nuevo amo, Doña Bruna llegóse á la suya alegre como unas castañuelas, pues no suponía

alejar tan fácilmente á esa intrusa que desnivelaba su presupuesto de vieja gazmoña y golosa.

La huérfana permaneció algún tiempo al servicio de Don Fermín, y fué ese período de incesante lucha, en la que siempre salió acrisolada y triunfante su honradez.

Don Fermín, con grosería de patán, solicitábala todos los días, besándola tras de las puertas ó prodigándole á viva fuerza caricias bruscas é indecorosos estrujamientos.

Victoria se negaba siempre á satisfacer las concupiscencias del corrompido funcionario, y sus resistencias lograban solo excitarle más y más.

Don Fermín estaba perplejo.

¡Cómo!.... ¿esa muñeca tenía el increible atrevimiento de no acatar con humildad sus caprichos?.... ¿Por qué tantos melindres?....¿con él?....la primera autoridad, á cuyo mandato sucumbieron como esclavas la maestra de escuela, la hija del recaudador de rentas, la hermana del secretario, la mujer del juez de

letras, y tantas y tantas que sólo esperaban una palabra de sus labios para entregársele y saciarlo hasta la hartura de placeres!....

¡Aquello era inaudito!

No consentiría que nadie afrentase su autoridad, ese derecho omnímodo de que estaba revestido por la ley, y menos aún, aquella chiquilla que con sus melindres de señorita se le había metido en el corazón como un gusanillo, y allí, hacía taladros de roedor y le hurtaba su tranquilidad de bruto que tenía en tan gran estima!.... ¡recanijo!

Si de buen talante no cedía, tanto peor; la obligaría.

Por algo era el primer mandatario del cortijo aquél.

Y se paseaba en su cuarto como un tigre enjaulado, á quien atormentaran maleantes picadores.

Veía su cama, aquel lecho que fué como el de Procusto para muchas sacrificadas, y al pensar que sobre sus voluptuosas blanduras no se había estremecido el cuerpo estatuario de Victoria, mordíase los hin-

chados labios, repitiendo enfurecido.

—¡Caerá!....¡oh!....¡sí!....¡caerá!....¡caerá!....

.....

Una mañana entró Doña Bruna á las habitaciones del prefecto, y al abrir la vidriera, detúvose asombrada al oir su bronco vozarrón que repetía:

—¿Por qué no quieres?

—¡Nó!...¡nó!... dijo alguien con acento alterado.

Oyóse después ruido de sillas que caían, y muebles que se desordenaban, la jadeante respiración del violador, y la voz angustiada de Victoria murmurando:

—¡Déjeme Ud. porque grito.... ¡Sí!....! voy á gritar!....

Rodaron los dos cuerpos en la alfombra derribando, al caer, un antiguo capelo de vidrios adornado con prismas de cristal que guardaba entre sus transparentes paredes una escultura bizantina.

La caída del mueble produjo un ruido infernal.

Doña Bruna, rezando y santiguándose, entró al aposento:

—Glorifica mi alma al Señor, mi espíritu se llena de angustia al contemplar....

Y no acabó la tenebrosa oración, porque veía algo más formidable que un ángel apocalíptico, algo que la anonadaba en una atonía mayor que la que le hubiera causado ver las hostias eucarísticas deshacerse en las materias fecales de una letrina.

¡¡Don Fermín en calzoncillos!

.....

Pasado el lance, Victoria volvió á vivir con Doña Bruna, y entonces el honrado Don Fermín reveló la falta de la joven acumulando asquerosos detalles.

La beata no lo creyó, atribuyendo la delación á un desahogo de hombre despechado.

Pero llegó la vez en que la violencia de Bringas, esa caída de que la joven era irresponsable, fuera imposible de ocultarse por más tiempo.

Estaba en el octavo mes del embarazo.

Cuando Doña Bruna advirtió el delicado estado de la seducida, su furor no tuvo ejemplo, y contra toda clase de miramientos, después de expulsarla, dijo á la muchacha, que ni muerta volvería á franquearle el umbral de su casa.

Victoria salió gimiendo.

¿Adónde iría?

Estaba enferma.

En el arroyo.

Sola.

Sin poder trabajar.

.....

Su primera idea fué buscar á Bringas.

Seguramente su seductor no sería tan miserable hasta rehusarle lo más necesario.

Como ignoraba el lugar donde él vivía, recorrió las calles donde acostumbraba verlo, y rondó de día y de noche la casa en que había fallecido su madre y nacieron sus amores.

Todo en vano.

Encontróse de improviso ante la

descarnada faz de la miseria, ese dragón con el que nunca había peleado frente á frente.

Alimentóse una semana con trozos de queso viejo y grosero pan de avena que le dieron unas mujeres casi tan indigentes como ella, bebió agua en las fuentes públicas, y aguardó en los hospitales un mendrugo y un jarro rebozando la bazofia que alimenta á los mendigos que como canes roñosos pululan por tales holgaderos....

Al perder la esperanza de encontrar al hombre á quien con tanto afán perseguía, invadió su espíritu un desaliento que la hacía cobarde en la lucha que un fatalismo singular la obligaba á empeñar con la desgracia.

Pasaba el tiempo vagabundeando por las calles, ayunaba peor que trapense cuando eran malos los días, y si soplaba una racha de buena fortuna, se atiborraba con sobras de la mesa de un burgués....

En las noches invernales, abrigábase bajo el techo de cualquier por-

tal, ó buscaba en los barrios apartados una puerta protectora del aire, ó los escombros de alguna casa en construcción, para descansar allí, entre las piedras húmedas y los perros callejeros....

Amaba demasiado á Bringas para poder aborrecerlo, acordábase de él incoherentemente; al evocar el recuerdo de su perecido amor, lucubrábanse sus ideas con torpeza y estupidez, parecíale su degradación el despertar de una pesadilla, y no quería creer que ella, la miserable harapienta, la pobre pária, fuese aquella niña rolliza y feliz que se arrodillaba junto al tálamo de cortinillas blancas, para orar por el infame.

.....

Vistió el deformado cuerpo con andrajos, no volvió á peinar sus rizos, ni á lavar su rostro, y aquella incuria fué ajando lentamente el grano aperlado y limpio de su piel, hizo áspero y de rojizos tonos su cabello, dió estúpida expresión á sus pupilas, robó á sus manos la elegan-

cia medioeval, y tornó maritornescos sus modales....

Estaba fea.

.....

Sus zapatos se acabaron en las correrías, y como no tenía dinero para adquirir nuevos, amasó los cienos de la plazuela con los pies desnudos.

.....

Perdió la vergüenza y el recato.

Medio desnuda, pingajosa, repugnante, asaltaba á los transeuntes pidiéndoles limosna, reía como idiota si cualquier libertino le decía una necedad, y cuando algún filántropo de los que compran á centavos la gloria eterna le daba una pieza de cobre, corría á gastarla en aguardiente.

Su único placer era embriagarse.

.....

¡Increible transformación!

Aquella niña pudorosa y cándida que había temblado de emoción en los brazos de Juan Bringas, al degradarse en la miseria usaba un lenguaje soez, bebía con esa insacia-